

“El valle de los Caracas”

Sociología de la emigración en una novela

Título venezolano: “El Valle de los Caracas” (1). Autor español: Lorenzo Andreo. Un problema internacional: la emigración. Tema actual y candente en la Sociología y el Derecho.

Sin embargo, “El Valle de los Caracas” no cruzará mares geográficos, ni mucho menos fronteras lingüísticas. Es una paradoja. Y una lástima. A Lorenzo Andreo le ha faltado penetración en la Venezuela que describe; no ha cincelado a su Prudencio en bronce. Por eso carece de brío y de retorcimiento. Los Llanos, los Andes, la Caracas de Chalbaud y Pérez Jiménez, el Apure y el Orinoco se escurren de sus pupilas antes de que eche el ancla. Falta solera, garra narrativa. Es el riesgo que corre el farmacéutico que se disfraza de literato. Todo esto hay que decirlo y también que Andreo, con “El Valle de los Caracas”, brinda otra posibilidad a la literatura. Venezuela espera aún la gran novela del emigrante, no la del aventurero, ni la del explorador. El emigrante genuino, el que desembarca para echar raíces, sembrar su sangre y hacerse Venezuela, carece aún de su novela.

ARGUMENTO: Prudencio joven emigrante español, desembarca en La Guaira. Año 1949. En Caracas pasa de vendedor ambulante de ropa a bracero, soldador y peón. En San Fernando de Apure es dependiente de una “bodega”. Visita los Llanos y la Selva. Soledad y añoranzas de la patria. Regresa a Caracas; trabaja en la construcción. Progresiva y puede ahorrar. Se enamora, pero un día en una excursión a Macuto se ahoga la novia. Desesperación y conciencia de culpa. Nuevos alientos y éxitos. Termina siendo empresario, banquero; el gran magnate de Caracas. Visita España. No se adapta y vuelve a su Caracas dinámica y febril. Ya no sabe si es venezolano o español; o ambas cosas a la vez.

MAS ALLA DEL MAR HAY UNA TIERRA...

Colón desembarcó en playa americana impulsado por una corazonada intuitiva. Prudencio, por una necesidad eco-

(1) “El Valle de los Caracas”, por Lorenzo Andreo. Premio “Águilas” de Edit. Guadiana de Publicaciones. Madrid, noviembre 1968.

CARMELO VILDA DE JUAN, miembro del Centro Gumilla, se incorporará en el mes de junio a la Redacción de la Revista SIC.

nómica. Buscaba trabajo y oportunidades. “La vida en el suburbio madrileño era una pesadilla. Un vecino que era muy valiente le dijo que ya no soportaba más la situación y que se largaba a Venezuela: un sitio del que le habían habido la mar de bien.” Prudencio vivía la misma situación:

“No sé lo que es tener una chispa de ahorro en el Banco, ni lo que es un aparato de radio, ni siquiera sé lo que es una vacación al cabo de tanto tiempo de dejarme lo mejor de mi vida trabajando como un esclavo negro. Por eso me voy a América. A ver si aquí por lo menos ahorro una miaja para la vejez.” (pág. 38)

Es el drama de tantos emigrantes españoles convertidos hoy en pampa argentina, en sabana bogotana o en valle caraqueño. España no tenía trabajo bien remunerado y sus hijos tenían que buscar otra tierra más allá del mar.

Las novatadas comienzan en el barco: hacinamiento en los camarotes; ausencia de higiene; desatención médica; robos; monotonía en las comidas; náusea y mareo. Primeras dudas: ¿hubiera sido preferible haberse quedado en el suburbio? Allí eran “alguien”; aquí, “nadie”. Y delante, un futuro incierto.

Después de once días de navegación dan vista a una:

“costa larga que les estremece. Ahí tienen a Venezuela. Una cordillera parda recostada en el mar, imponente y silenciosa, que atrae al barco... ¡América!... La falda de la cordillera está como estampada de casitas de colores que le dan la apariencia de un belén gigantesco y anacrónico...” (41)

Le choca el habla de los venezolanos. Se comen las sílabas, apocopan las palabras e imprimen ritmo musical a las letras:

“Oíganme bien, tranjeros: tan en cuarentena. ¿Se fijan? E manera pué que olvidense a sus mamás y ojo pelao con lo que hasen. Les tendremos en los barracone ocho días justicos. ¿Me oyen?... Oquey... Y no me vengán con maderas e gallo...” (47).

Son las órdenes del policía que se encarga de hospedar a los emigrantes hasta que éstos consigan trabajo. Y es ahora cuando Prudencio se palpa extranjero. Los riesgos se pagan caros antes de traducirse en éxito. Sobre todo, en tierra extraña. “Después de todo, en España, mal que bien, nunca

me ha faltado un cacho de pan; ojalá no tenga que arrepentirme de haber venido hasta tan lejos." (48)

La incertidumbre acogota al emigrante. Una aventura codiciosa les lanza a otras playas. Después del desembarco el coletazo es terrible. Comienza a resquebrajarse el "ídolo sagrado" de la patria y quedan sin amarras.

HEMOS LLEGADO A AMERICA

"Estamos en América: cada cual es libre de hacer lo que le plazca. Allá cada tercio con su propia vida." (181) La libertad psicológica y el libertinaje exuberante del paisaje es la primera impresión. Otros, sin embargo, se extrañan de no ver indios por las calles:

"Lo que no me podía ni figurar es que la gente de por aquí va vestida de personas: a un servidor le habían dicho que iban en cueros y con plumas... A mí lo que más me gusta de Venezuela son las negritas. ¡La Virgen, cómo se menean!" (65)

El lujo de los carros constituye otro motivo de ponderación. Los "haigas" que han admirado en las películas de Hollywood los contemplan ahora en Caracas, grandotes y escurridizos. Todo cuanto ven tiene enseguida su réplica comparativa en España; viven, de hecho, desdoblados. Así, las calles viejas de Caracas le parecen a Prudencio semejantes a las de Almería. No ha despertado aún.

El alojamiento es el primer tropiezo al llegar a la "Tierra de Gracia". Después de virar a la buena de Dios por su cuenta, casi todos los emigrantes fondean en idénticas casas de huéspedes, generalmente insalubres. En una de éstas cae Prudencio. No le gusta la promiscuidad, el tufillo mutuo, las excentricidades de uno u otro, la comida hecha con las sobras de los mercados. Pero hay que conformarse; por seis bolívares no puede pedir otra cosa:

"Prudencio pide un plato de menestra; los italianos, su dosis de espaguetis y una pepsi-cola; el criollo, un plato de carotas negras, una empanada de cochino y un tercio de cerveza... El criollo, a modo de despedida, dice: 'bueno'; Prudencio le responde: 'adiós', y los dos italianos: 'chao.'" (149)

La "nueva tierra" descorre día a día su cortina al emigrante. Una oportunidad de trabajo en San Fernando proporciona la ocasión a Prudencio de ver inexploradas facetas de Venezuela. Los Teques le parece un pueblecito pintoresco arraigado en la falda agreste de un monte; callejuelas retorcidas, mujeres con vestidos muy chillones. La vegetación del Valle de Aragua es "carnosa y chorreante"; admira los amplios cañaverales, los "chaguaramos esbeltos y solemnes". "Me gusta todo esto." Después de unas serranías reseca "da vista a los Morros de San Juan; bellísimos conos ciclópeos rematados por galayos desnudos y negros".

Allí se abren "las llanuras inhóspitas, boscajes espesos, vacas huesudas paciando las pocas hierbas... Calabozo, un pueblo grande, con sus calles rectas y terrosas". Luego refulbra el espejismo de los jagüeyes y las retinas de Prudencio se inundan de "imágenes nuevas, absolutamente inéditas para él". La descripción de los bongueros del Apure recuerda el comienzo de Doña Bárbara. Lástima que Andreo no sea un Rómulo Gallegos:

"Dialogan desde su puesto una jerga indescifrable y silente, al ritmo de las pértigas, que manejan con una cadencia fatigosa y monótona: sumergen la pértiga en el agua turbia, hasta afirmarla en el fondo, y apoyándose en esa especie de vara, con toda su fuerza, como si osaran agujerearlo, le dan impulso a la piragua." (111-112)

Y el sol... y las "sabanas, morichales, esteros. Llanos del Apure... hombres de fibra, de hierro" (132). Y por fin la

selva: "Soledad infinita. Coros dispersos. Silencio triste. Pielles, ojos, uñas, dientes, garras. La selva. ¡Estoy en la selva!" (115)

Una tierra nueva y unas actitudes nuevas: "Ya me van gustando las arepas", se sincera Prudencio ante los criollos. "Ajá, otro que cayó... Esto quiere decir que ya te va gustando Venezuela." (192)

A Prudencio le ocurrió muy pronto lo que a Colón cuando escribía desde su destierro de Valladolid: "De Paria (Venezuela)... no me acuerdo que yo no llore."

CON EL SUDOR DE LA FRENTE

"Ya verás cómo en América terminas amasando una fortuna", decían a Prudencio sus amigos al despedirle en la estación. Es el codicioso mito del Dorado que relampaguea como el Catatumbo, en la pupila de todo emigrante. Hay muchos Pizarros que logran sentarse en el trono de Atahualpa. Pero fue después de haber quedado muchos exangües en el camino. Lorenzo Andreo lo sabe muy bien. Y lo recalca: el trabajo es una necesidad, lo mismo en Venezuela que en España o Italia. Muy pronto lo aprendió Prudencio: lectura del periódico para apuntar las "ofertas" de empleo. Primer chasco: "yo creía que era para otra cosa, señor...". Cambios continuos de trabajo en una búsqueda agobiante de oportunidades: vendedor ambulante de ropa femenina, bracero, soldador sin experiencia, dependiente de bodega, chofer, peón. No le fue fácil a Prudencio empingorotarse a la cima de banquero y constructor. Antes tuvo que tragar muchos sorbos de amarga cicuta, desde dormir en pensiones bohornosas hasta ser despedido del oficio para dar paso a un "criollo":

"Si nuestras familias supieran la de fatigas que tenemos que pasar los emigrantes... Ellos creen que no hay sino llegar, hacer un agujero en la tierra con el pie y ¡hala!, a sacar plata a manos llenas: ¡Qué desconocimiento tan grande tienen de nosotros allá!" (265)

"Aquí en América es fácil ganar dinero, pero trabajando: el gandul corre el riesgo de perecer de hambre, como en todas partes." (278)

"¿Qué tal las pasaste al llegar aquí?... ¡Moradas! Tuve que cavar zanjas para poder comer los primeros días. Las tuberías del INOS de la avenida Los Samanes las puse yo... Por las noches trabajo además en una panadería... Trabajo diez horas como un animal." (268)

El emigrante tiene que trabajar y sudar. Frecuentemente añade además horas extraordinarias. Sólo así llegan a ser dueños de carnicerías, panaderías, comercios de frutas, telas, restaurantes y peluquerías. Son sus negocios corrientes:

"La tienda de modas que ocupa uno de los bajos del edificio Turín pertenece a una señora francesa; la sucursal del Banco, a un grupo de judíos; el portero del edificio es español; el sastre, argentino; el dentista, húngaro. Los otros cuatro apartamentos de la planta en que reside Prudencio están ocupados, respectivamente, por una viuda portuguesa que vive con su hijo, el cual es camarero y afeminado; unos chinos de Nankin; una rusa espigada y seca, y un matrimonio italiano de Palermo." (258)

El sudor del trabajo fecunda el éxito.

LA PATRIA QUEDO ATRAS

Los cabarets guardan muchos secretos de emigrantes. Unos, como Prudencio, buscan allí, a puertas cerradas, apertura a su primera soledad. Otras, como Pura, dan compañía a cambio de una propina. Viajaron juntos en el mismo barco; ahora el destino les une en un cabaret.

"Estoy lo que se dice solo..., confiesa Prudencio. Es lo peor de la emigración: la soledad. Sí, esto es lo peor de todo.

Tristeza, sólo tristeza; soledad, soledad tan sólo. Eso es todo. No hay razón para esperar ya nada de la vida." (238)

Palabras terribles. La añoranza que se derrite en soledad es el anzuelo más desgarrador que debe tragar el emigrante. Le cuesta incluso desligarse de la patria "a pesar del bojote de años que llevaba fuera". Hay muchas naciones en la geografía, pero patrias, una sola. Y en ella quedó la familia:

"Tengo hambre de familia. Ardo en deseos de verla, convivir con ellos, obsequiarles... Conoceré al sobrino, el hijo de José Manuel, que ya tendrá cuatro años. Necesito verte, padre, contarte mis cosas..." (295)

Existe un magnetismo telúrico innato como la fuerza de gravedad. El emigrante se fatiga antes que los demás. Prudencio lo comprendió a pesar de su éxito y prosperidad económica: "Es que uno, a pesar de los años, jamás pierde la conciencia de su origen."

Por eso el día del retorno se convierte en preámbulo de éxtasis. Prudencio llega al pueblo "ful" de regalos: broches de oro, plumas parker, pieles de "baba", perfumes caros de Nueva York o París:

"Llora de alegría corriendo hacia los suyos... Los encuentra extraños... Abre solemnemente el equipaje. Trae cosas para todos. Los deja boquiabiertos. Y el padre se ufana: Hijo, ni que fueras un Rey Mago." (298)

Es la llegada del "indiano" que acepta, a cambio de donaciones al Ayuntamiento, el distintivo de "hijo predilecto" de la localidad. Pero al cabo de dos meses Prudencio se siente ya incómodo en ese ambiente de pueblo tan cerrado. Y retorna a América.

SI EL EMIGRANTE DIJERA LA VERDAD

Prudencio realizó en Venezuela una hazaña capitalista. Pero no es lo normal, a pesar de que la mayoría regrese de vez en cuando a su pueblo con apariencia de Rey Midas:

"como resulta tan difícil hacerse rico aquí en América, ocurre que la mayoría de nosotros, más tarde o más temprano, nos vemos obligados a regresar, cuando menos una vez, revestidos de bombollas, o sea: recubiertos de una capa dorada que en la mayoría de los casos no nos pertenece." (266)

La emigración teje a su alrededor una farsa, nos dice Andreo. Cuántos regresan con un "carrazo" alquilado a plazos, con pedrerías y sortijas en el cuello y dedos, y se gastan en esto lo poco que pudieron ahorrar en muchos años de exilio: "Todo con el único objeto de tapanles la boca a los parientes y amigos... Toda una comedia... Pero asombran, que es de lo que se trata." (267)

Dice el padre de Prudencio a su hijo:

"Tú procura ahorrar para el día de mañana, que sabe Dios lo que te habrá costado hacer fortuna. —Más de lo que podéis figuraos, responde." (299)

Y es la verdad: rechazos como vendedor ambulante; desprecios por ser "müsü"; inclemencias del clima, búsqueda acuciante de empleo, hambre para ahorrar, "pensiones" nauseabundas, añoranzas, riesgos, escalofríos de soledad, sed de cariño, cárcel por defender sus derechos; borracheras para olvidar "pesares", ratos desesperados: "En América me hice hombre, a mi modo: sin trabas, con trabas, pero solo, sin más ayuda que la mía propia." He dado muchas soledades a Venezuela, añade Prudencio.

A través de estos triquitraques y magulladuras, Prudencio sacia sus esperanzas. Pero ¡a qué precio! En castigo se queda sin patria porque el emigrante desarraiga de un ambiente y no se arraiga fácilmente en otro: "España es mía

por mi cuna; Venezuela es mía por mis obras: de las dos soy, a las dos me debo." (300).

Por las venas del emigrante se desboca la savia de dos patrias. Siente el estirón del mundo ancestral ligado a él por sus raíces; palpa también el magnetismo de una nueva tierra, un exorcismo telúrico con aliento de ilusiones:

"¿Qué es uno al cabo del tiempo? ¿Español, criollo? Yo sospecho que de todo un poco, y esto es lo trágico: sobreflotar como ingrátido entre dos mundos, entre dos aguas." (301)

Si el emigrante dijera la verdad, nos contaría quizá una historia muy triste con muchas goteras interiores que empañarían la situación de oropel y lujo externo.

NI CELA, NI RIAL, NI ANDREO

No creo que "El Valle de los Caracas" sea una novela literaria. Un reportaje periodístico de tema social. Nada más. Falta altura, garra y aliento narrativo; falta talla y dimensión trascendente a sus personajes. Prudencio es una psicología enclenque, un carácter corriente, pobretón, que al intentar ensanchar la dimensión de su proyección y simbolismo, el autor tiene que recurrir a situaciones de "deus ex machina". Prudencio no merece el honor de un nicho literario, ni su busto puede figurar junto al de Santos Luzardo o Marcos Vargas. Parecería un muñeco. Quizá porque Lorenzo Andreo no tuvo paciencia o inspiración para darle alma.

"El Valle de los Caracas" carece de solera, de penetración y vuelo artístico. No hay novela sin poesía, es decir, sin creación, sin una transfiguración técnica o dramática de la realidad. Lorenzo Andreo olvidó, al escribir su novela, que hoy el surrealismo retuerce las vetas del arte y de la literatura. Y novelar no es fotografiar, sino retocar. De Díaz Rodríguez a Garmendia o González León hay mucho trecho. El novelista no es antena y ojo solamente; es también prestidigitador y brujo de la vida, verdadero zahorí de los sub-suelos del alma humana.

Andreo no se despega de lo trivial. Un simplismo muy barato cabalga en las líneas de su obra. No porque la circunstancia de Prudencio no sea novelística, sino porque Andreo no supo novelarla. Le falló la técnica: esa varita mágica del genuino literato. La trama es sencilla y opaca; desenlaces rosas. Prudencio no despierta interés.

"El Valle de los Caracas" ofrece a los ojos de los españoles la vida venezolana vista a través de un personaje más periodístico que novelesco. Andreo no se detiene, pasa de largo como un reportero al que le falta tiempo y le urge informar. Por eso, a pesar del título y del tema, esta "novela" no puede catalogarse como obra venezolana. Por técnica, mensaje y problemática está más cerca de la soporífera novelística española que de la inquieta y revoltosa literatura hispanoamericana. La novela será leída con interés y nostalgia por los que regresaron a la patria de origen. En Venezuela pasará desapercibida.

Es monótona, trama conservadora. Descripciones descoloridas. El paisaje y el folklore aparecen con una visión simplista y barata. Sólo hay un esfuerzo de acercamiento y amor al problema del emigrante; un intento de plasmar las diferencias lingüísticas del venezolano, sus costumbres. Hay diálogos y trozos narrativos exquisitos y acertados (monólogo de Prudencio). Pero temo que la gloria del "ilustre farmacéutico de Alhama" (Murcia) no vaya más allá de la que alcanzó Cela con su "Catira" o José Antonio Rial con "Venezuela imán".

Un asturiano, un gaditano y un murciano que no han sido capaces de hacer novela venezolana.